

Peregrinando en Parque Punta de Vacas

Relato de Experiencia

Rafael Edwards
Agosto 2014



Este breve relato se refiere a experiencias y reflexiones en un par de recorridos o “peregrinaciones” por el parque Punta de Vacas, en noviembre de 2010 y luego en diciembre 2011.

Hasta esas fechas, la palabra “peregrinación” era algo que yo escuchaba de los amigos, palabra cargada con gran conmoción y que sin embargo yo sentía muy lejana. Hasta esas fechas, había recorrido todos los rincones del parque, pero siempre en una función bastante más “terrena” que lo que yo intuía en los comentarios de mis amigos: haciendo de fotógrafo, de carpintero, acarreando materiales, sujetando una cámara de video, etc.... Mi relación con el parque hasta entonces era algo funcional, utilitario.

Ahora me aprestaba para transformarme en “peregrino” y me invadió una mezcla de curiosidad, alegría y pánico.

Durante esos nuevos recorridos, lo que ocurrió realmente fue que tuve que “re- significar” el lugar. Este es el relato de esa “resignificación”, y la importancia que tuvo para mí.

Inspirado en mi lectura y práctica del Mensaje de Silo, he estado reflexionando por un tiempo sobre las “miradas” y “significados”.

Estas peregrinaciones son búsquedas de aproximación a lo sagrado, a las profundidades de la mente, a la conversión del sin-sentido *“en sentido y plenitud”*.

R.E.

Parque Manantiales

20 de Agosto, 2014

Algunas precisiones:

Las frases en letra itálica (o cursiva) son un intento de expresión más poética a lo experimentado en cada situación. Las frases marcadas entre comillas son citas del libro “el Mensaje de Silo”.



En la Ermita.

“Por el camino interno puedes andar oscurecido o luminoso, atiende a las dos vías que se abren ante ti”...

Bajo el cerro hasta la Ermita, y me siento en su interior.

Afuera el sol comienza a calentar al mundo, y todo está en silencio. Hasta el viento guarda silencio. Un escarabajo, indiferente a la quietud general, corre buscando entre las piedras. Adentro de la ermita el silencio crece más aún. Su sombra me reconforta.

Acá comienza el camino. Acá comenzó todo.

Acá miraste el futuro y depuraste los materiales para la Obra. El mundo de afuera y el de adentro se unieron en un solo propósito, como dos seres que se unen para engendrar una nueva criatura.

Sentado en una piedra evoco la esfera luminosa, y acude al llamado. Entra en mi pecho, pero no me toca, es sólo una imagen. Me doy cuenta que según sea el llamado, vendrá de un modo u otro.

Los ojos buscan y encuentran una imagen precisa, pero sin vida interior.

Intento llamarla nuevamente, con el corazón.

Los ojos del corazón ven las cosas de otro modo... desde más adentro. Suplican, se asombran, ríen.

Veo mi pequeña esfera desde el corazón, desde ahí la llamo.... “ven”...

La esfera de luz anida en el pecho, y la recibo con gran alegría. Ahí, como una pequeña brasa, comienzo a darle aire, respirando suavemente, una y otra vez, soplando un fuego que crece desde mi centro hacia afuera, poco a poco, llenándome o vaciándome. O ambos a la vez. Invoco a mi Guía, y siento su presencia, suavemente llenando los espacios.

Los significados se parecen a las miradas.

El río abajo fluye como la vida, alargando el tiempo. En su rumor están el pasado y el futuro.

La Ermita. Lugar de silenciarse y sincerarse. Sus blanqueadas piedras me protegen y me dan la partida.

Quién soy? Adónde voy?

Un peregrino lleno de preguntas y a la vez intuyendo que quizá las respuestas sean las mismas preguntas...cuando crezcan y evolucionen, cuando lleguen al centro.



En la Fuente.

“Sigue el modelo de aquello que nace.”

El color rojo brilla en el centro del espacio. El agua brota en una burbuja transparente que baila en la cúspide y luego baja reptando por el caño de la fuente.

El espacio en que entro es circular. Las cosas en él se ordenan de otro modo. No hay “arriba” o “abajo”. Hay un centro y alrededor un anillo que fija un campo, una periferia.

Quién soy? Adónde voy?

Girando por la periferia observo el centro.

Y me observo.

Me observo sabiendo que eso es todo lo que puedo hacer.

No hay respuestas para mis preguntas.

La vida... nace?

Comienza en algún punto?

o está ahí siempre?

Qué es lo que está más allá (o más acá) de mi velo de ilusión?

Mis preguntas lanzan un cabo hacia el centro.

El centro responde de acuerdo a mi pregunta.

No, no quiero encontrar respuestas.

Cuando las preguntas son tan extraordinarias, quién quiere respuestas?



En el Monolito.

Ahi está, empotrado en la piedra, día y noche.
Ahí nos hemos encontrado tantas veces,
ahí hemos fracasado, nos hemos abrazado,
hemos escuchado al Maestro.
Ahí hemos ido a encender el fuego, que lleve nuestros clamores a las alturas.
Ahí, bajo las estrellas, un faro, un intento.

Quiero elevarme, pero esto parece ser imposible.
Mi cuerpo, incrustado en la tierra, impide el despegue
pero ahí está siempre estirándose porfiadamente hacia lo alto.

*Qué hay arriba?
Qué nos llama, que sin conocerlo
tiene sabor a anticipado reencuentro?
Que gran fiesta hay en los cielos,
que me siento llamado sin recibir una formal invitación?*

Pido por seguir en la búsqueda, en mantenerme de pie,
desenterrándome poco a poco, succionado por las alturas
de las montañas sagradas y las estrellas.

En medio de las piedras brota una vida improbable.
No pregunta, no pide autorización.
Sólo lo hace porque es su propósito y su destino.

*Hermosa actitud digna de seguirse
Rebeldía.*



Subiendo el Monte Sacro.

El sendero serpentea por el costado del cerro.
A veces lo sigo, a veces corto camino por los yuyos.
Llegando arriba veo fragmentos de arcilla...
tantas imágenes vienen a mi mente.
Imágenes de los amigos que hemos despedido justo aquí: Isabel, Lina, Kuásar, Rosario.
Me pregunto dónde estarán, aunque sé que también están aquí, conmigo.
Pienso en lo que han dejado en mí, y siento un gran agradecimiento.
Con el agradecimiento se renueva mi propósito de llevar este Mensaje a otros.
Miro a la distancia, una frase...
un sentimiento, plantado en la roca para quien lo quiera ver:

GRACIAS SILO

*Gracias por mostrarme mi vida,
y la belleza en una chispa de fuego.
Y gracias por el futuro y las herramientas
para desenterrar la esperanza,
para conocer el camino - al Centro.
Para construir la realidad - que amo,
para amar la realidad - que construyo.*

Y como nos enseñaste, no con sermones sino con ejemplo,
se agradece haciendo y así, desde este cerro agradezco.
En este centro donde las montañas y rios se reúnen,
renuevo mi entrega a la obra que empezaste y sembraste en nosotros.



En el Mirador.

“lo hecho y lo por hacer”.

He llegado a la cima y entro en el recinto circular. El viento es fuertísimo, golpea, cesa, cambia de dirección, agitando el mástil y las banderolas con un ruido que golpea rítmicamente. Para mantenerme de pie me afirmo en la baranda. Desde aquí puedo ver en todas las direcciones. A pesar de la furia del viento, siento una calma interior y no puedo contener la risa. Es un gran privilegio. Aquí donde llegan, o desde donde parten los ríos y las cadenas montañosas, experimento que estoy en un lugar, sagrado, un vórtice, una plataforma de lanzamiento. Siento un bramido lejano, ancestral que se mezcla con el viento pero viene de las profundidades. Un propósito se agita en mí y llena el espacio. Lo grito a viva voz sólo para poder escucharlo. El viento aumenta, y al hacerlo me ayuda a fortalecer mi invocación.

Entonces pienso que el destino se elige, o no lo es. Se elige responder a un llamado, a una señal. No sé de dónde viene pero sé reconocerla, distinguirla de los espejismos que han poblado mi ruta hasta acá.

Pienso en la ilusión, en medio de estos cielos nítidos y estas montañas cortadas a cincel, y nuevamente siento que es aquí donde quiero estar.

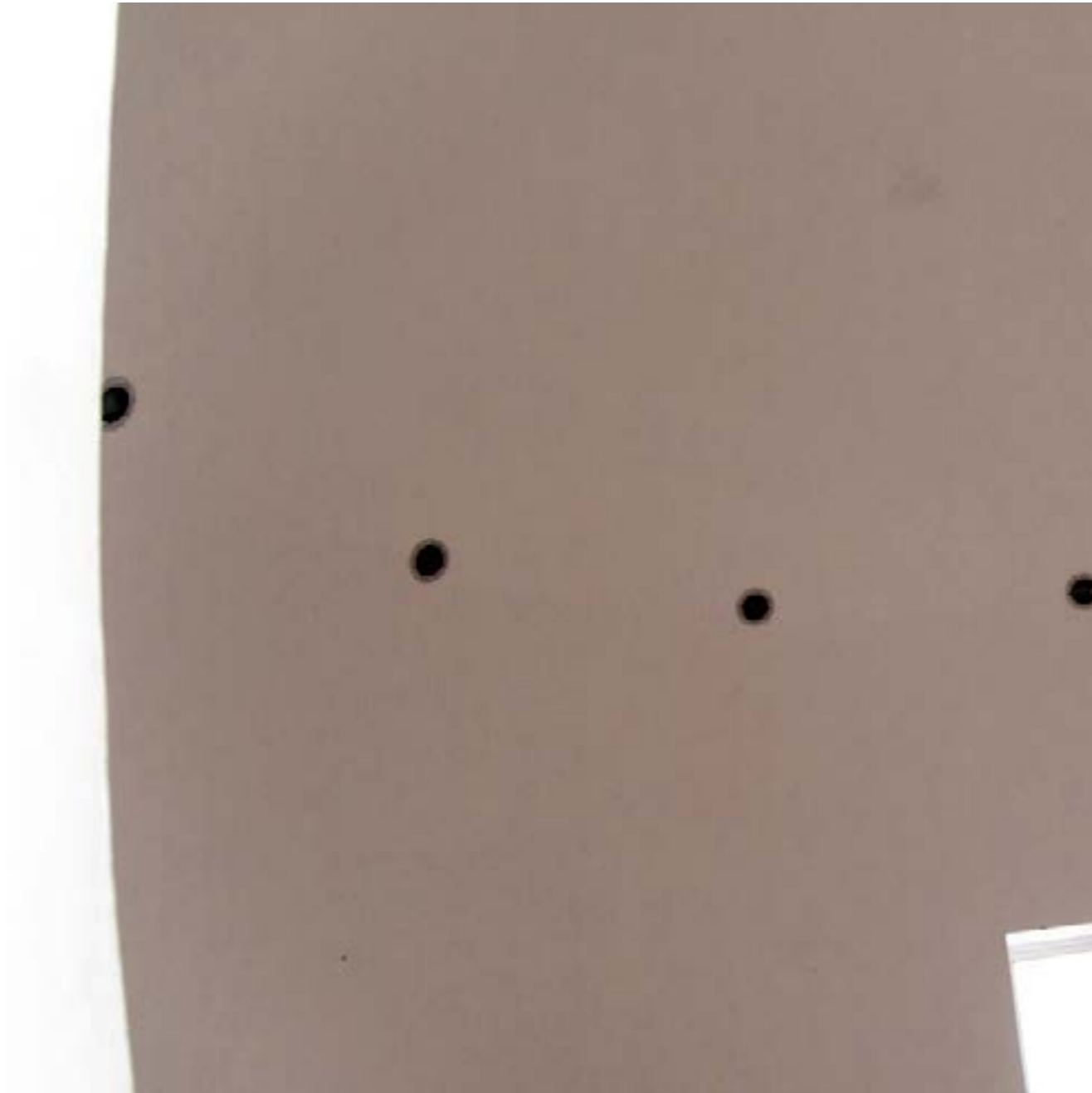
Viendo el espejismo, también aclaro mi destino. Al comienzo es difícil porque al desaparecer éste me siento perdido. Pero luego otro paisaje comienza a insinuarse y también otro camino.

Siento que el pasado y el futuro no son tiempos diferentes sino un mismo tiempo que al estirarse abarca muchos momentos, aparentemente lejanos entre sí.

Me vuelve la frase *“ama la realidad que construyes”*. Y comprendo que lo que construyo es el amor mismo.

Por primera vez desciendo el cerro usando los senderos, dándome a mí mismo una señal de obediencia, de acuerdo con condiciones trazadas en un ámbito mayor.

“tu vida, sometida a leyes, esta expuesta ante posibilidades a escoger”....



En la Sala.

Sentado, busco en el silencio la conexión hacia lo profundo. Pero el silencio es frágil, sacudido por pensamientos de otros lugares. Busco entonces un cerco, un límite, una forma.

Que la Sala sea la burbuja que contenga mis pensamientos,

Que la Sala sea el lugar sagrado.

Pero la Sala no responde, es sólo un edificio, una estructura de ladrillos y estuco alrededor mío.

Me siento descorazonado.

Entonces siguiendo una intuición me voy al centro, y de pie, canto una nota, y otra, y otra. Mi voz se pierde en las blancas paredes de la bóveda. Y así, voy probando y probando, por mucho rato, mi voz rebotando de diferentes modos.

De pronto la bóveda me devuelve una nota extraña, una vibración irritante al oído, y me acuerdo de las afinaciones de instrumentos y diapasones. Me estoy acercando al tono exacto. Mientras mas cerca, más irritante es la vibración que vuelve. Trato de encontrar un eco, aumentar el volumen, pero no sirve, sólo aumenta la cacofonía.

De pronto doy con la nota justa, el ruido se silencia y la Sala comienza a “cantar”.

Mantengo la nota, y la Sala me responde. Bajo el volumen hasta que mi nota se hace casi inaudible, y la Sala la magnifica y la sostiene, como una cuerda bien pulsada, como un coro que canta desde todas las direcciones hacia el centro de mi cabeza. Entonces comienzo a cantar otras notas, armonías de la anterior, y la sala responde del mismo modo, con mayor o menor fuerza, pero siempre responde.

Entonces me siento en un banquillo, y comienzo mi meditación.

Experimento que la Sala me acoge – como un cuenco, como una madre.

Estoy en un lugar sagrado.

El viento nuevamente, ahora azota las puertas de la Sala.

Una gran alegría me llena.

Estoy en casa.



Algunas reflexiones

Después de estas experiencias, he vuelto en varias ocasiones a visitar el Parque, ya sea en un encuentro de Mensajeros, o con un grupo de amigos, para trabajar en el taller o para reflexionar.

El lugar ha cambiado.

Ahora cuando llego es como si volviera a visitar a un ser querido. Siento que el parque es como una madre o un padre que me da la bienvenida, que me protege y acoge.

Nada malo puede ocurrir aquí.

En un plano más general, siento que estoy en tránsito entre dos paisajes: uno heredado y uno querido.

El primero es el paisaje donde nací, y crecí, y choca con mis anhelos más profundos. Es un paisaje saturado de señales contradictorias, donde los modelos profundos se han extraviado, donde el temor es la norma y el individualismo es ley.

El segundo es un paisaje querido. Ahí siento que está mi futuro, mi propósito más esencial, mis afectos y mis inspiraciones.

Lo que diferencia a ambos paisajes no son los objetos o personas que los habitan sino los significados que estos cobran en ellos. Ambos paisajes me condicionan al moverme por ellos, por lo tanto se me presentan como opciones de vida, opciones que aparecen en cada situación, en cada momento: unidad o contradicción, encadenamiento o liberación.

Este ha sido un tema que ha surgido en mí en el estudio y práctica del Mensaje de Silo.

Esta “re-significación” de un lugar, convirtiéndolo en sagrado y dejar que actúe de este modo en mí, ha sido muy importante para esbozar una forma de moverme en el mundo, que es externo e interno a la vez, y me ha abierto el camino.